

LA AMÉRICA LATINA EN LA ENCRUCIJADA

Dos Santos Theotonio *Desarrollo y civilización*, S/P
Capítulo 7, versión preliminar
Lectura 4

NOTAS SOBRE AMÉRICA LATINA Y GLOBALIZACIÓN

1. Desarrollo e Integración

En los últimos 20 años, América Latina ha vivido un largo proceso de desestructuración de sus esfuerzos para alcanzar un cierto nivel de industrialización que iniciara en los años 30. Atrapada en una división internacional del trabajo que le había reservado la condición de exportadora de materias primas y productos agrícolas, esta región del mundo quedó prisionera de las oligarquías exportadoras que los Yankees habían derrotado en la guerra civil norteamericana de mediados del siglo XIX.

Hasta nuestros días, arrastramos los efectos negativos de una estructura agraria latifundista que sobrevivió a 200 años de revolución agrícola en el mundo, con una distribución de ingresos profundamente desigual y la manutención de relaciones de producción con fuertes elementos de sobreexplotación de la fuerza de trabajo (trabajo intensivo y extensivo, bajas formas de remuneración del trabajo, baja productividad, ausencia de educación pública básica etc).

La explicación de esta sobrevivencia se encuentra en su funcionalidad para el sistema económico mundial: ésta fue la forma más barata de abastecer a los países hegemónicos y centrales, cuya demanda comandaba el comercio mundial.

Claro que esta funcionalidad era, y es, cada vez más relativa. Pues estas ventajas relativas producen, por otro lado, una economía internacional limitada en su dinamismo por la ausencia de demanda en estas zonas periféricas. Se produjo así un intercambio desigual entre los países centrales y las zonas periféricas.

Cuando estos países lograron avanzar en sus objetivos nacionales, a partir de la crisis de 1914-18, cuando se inició un largo periodo de estagnación del crecimiento de la economía mundial, los nuevos sectores medios urbanos se encontraron profundamente comprometidos con las estructuras oligárquicas exportadoras que le dieron origen. Ellas surgieron en los centros portuarios, vinculadas a Estados nacionales sometidos al control de las viejas oligarquías.

Para complicar este cuadro, en algunos países, las actividades exportadoras estaban en manos de capitales foráneos que, se articulaban mucho más con las economías centrales que con las locales. En los años 20 se desarrolló en Estados Unidos una basta literatura sobre las “plantations” y los “trusts” internacionales que iluminó la naturaleza reaccionaria de estos sistemas, al mismo tiempo que se destacaba su funcionalidad para los intereses económicos de los centros coloniales o semi-coloniales, como los Estados Unidos.

La ola democratizadora y nacionalista que se expandió en los años 20 y 30, en la estera de la revolución mexicana, apuntaba hacia un cambio sustancial en las condiciones socioeconómicas de la región. Un nuevo pensamiento social apuntaba hacia la necesidad de orientar la producción hacia los mercados internos, industrializarse y modernizarse, para lo cual se requería un fuerte desarrollo democrático que diese a las masas urbanas y rurales, un rol protagónico en la dirección del Estado.

El populismo fue el método que encontró un sector de las clases dominantes para generar un movimiento de aproximación entre las fuerzas modernizadoras (asociadas a las tareas de la industrialización, de la urbanización y de la democratización) de las clases dominantes y las fuerzas sociales emergentes obreras y campesinas.

La ideología nacional democrática coronó este proceso buscando demostrar la necesidad de asociar los intereses de la nación con el proceso de desarrollo económico y de ascenso social de estas nuevas masas, con la ampliación de los sistemas de representación y la apertura del poder a las clases medias urbanas, sobretudo a sus elites militar, profesional y empresarial.

En torno de estas definiciones estratégicas (siempre considerando sus variaciones locales), se desarrolló, entre los años 30 y 60, una ola de transformaciones económicas, sociales y políticas que permitió un exitoso proceso de industrialización, urbanización y modernización de la región.

Este desarrollo volcado hacia adentro, es decir, hacia el mercado interno, encontraba sin embargo, graves limitaciones. Se apoyaba en la sustitución de importaciones (antes dirigidas hacia el consumo de las clases medias) por productos locales, protegidos sea por las dificultades de importación generadas por la crisis mundial del capitalismo, sea por una tardía política proteccionista, impuesta con mucha dificultad a las oligarquías exportadoras y a las clases medias altas, acostumbradas al consumo ilimitado de productos extranjeros.

En verdad, las clases emergentes con la industrialización se revelaron débiles frente al sector exportador del cual dependían para importar las maquinarias y la tecnología con la cual se implantaba el nuevo parque industrial de la región.

Al mismo tiempo, estos sectores modernizadores se curvaban ante el capital internacional que dominaba el grueso de la tecnología y del poder financiero internacional, las técnicas de gestión y sobretudo los mercados, internacionalizados a través de métodos monopólicos y oligopólicos como los “trusts” y cárteles.

El capital internacional, incluso el norteamericano, que se había formado en choque con las oligarquías exportadoras del sur de Estados Unidos, se había aliado históricamente con las burguesías exportadoras, apoyando los latifundistas, los comerciantes y los aventureros políticos de todo tipo a servicio de sus intereses.

Cuando se inició el proceso de industrialización ellos se opusieron al mismo, pero poco a poco fueron descubriendo las oportunidades que les ofrecían estas actividades volcadas hacia mercados internos ya interesantes, a pesar de insuficientes para una expansión similar a los países de origen.

Este cambio de actitud llevó a la creación de las modernas empresas multinacionales que, al contrario de los *trusts* anteriores, invertían en las manufacturas y se volcaban hacia el control de los mercados internos de la región.

Esta nueva política encontraba sin embargo, la limitación histórica de las viejas estructuras exportadoras. El restringido mercado interno exigía reformas agrarias radicales. La dependencia del mercado externo contenía con todo la voluntad reformista de las nuevas clases dominantes. Ellas no veían la necesidad de confrontar seriamente

con un sector exportador que les garantía las divisas necesarias para importar los medios de producción de la industria naciente.

Este compromiso restringía gravemente las posibilidades de continuar el proceso de industrialización. El capital internacional encontraba sin embargo una salida para este impase: la exportación de productos industriales basados en una cierta elaboración de las exportaciones tradicionales en la producción de partes de productos finales que exigen mano de obra más barata y otras decisiones administrativas en el interior de las estrategias de las empresas multinacionales.

A este nuevo paradigma de desarrollo - que se configuró hacia finales de los 60's - hemos denominado el modelo de dependencia secundaria exportadora ¹. El carácter dependiente de este método de industrialización indicaba que estaría asociado a un déficit creciente en los servicios, sobretodo a remesa de ganancias, pagos de royalties, servicios técnicos, fletes y otros costos de esta forma asociada y dependiente de desarrollo. Debemos agregar a estas tendencias económicas el fracaso de las elites políticas locales. Los antiguos empresarios y las élites profesionales fueron progresivamente sustituidos por un grupo de tecnócratas sin ninguna capacidad de formulación teórica propia.

Esta gente preparó el camino para la sumisión del pensamiento latinoamericano a las concepciones neoliberales, cuyo bajo nivel teórico no encontraría asidero en las fuerzas intelectuales que intentaron sostener un proyecto de desarrollo nacional-democrático.

El desatino neoliberal encontró aún el sostén adecuado en las nuevas capas de los varios agentes económicos intermediarios, generados por el enorme sector financiero que surgió y se expandió con el aumento de la deuda externa y su pago compulsivo, que llevaron a las políticas apoyadas en el concepto del ajuste estructural impuesto por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, en los años 80s.

Confiantes en las perspectivas de una mayor integración en el sistema internacional, si consumasen hasta el final la entrega de nuestras economías al capital financiero internacional, estas mentalidades tecnocráticas, ayudadas por la elaboración ideológica que sostenía la imposibilidad de superar la condición de dependencia, se incorporaron definitivamente al Consenso de Washington de los años 90 y con mayor o menor capacidad técnica, se dedicaron al desmontaje del proceso histórico emancipatorio de la región.

Me gustaría terminar esta parte citando a uno de estos agentes: el entonces ministro de relaciones exteriores de Brasil. En 1999, en Washington, se dedicó a elaborar un lamento dramático de la ingenuidad de su proyecto. Ingenuidad sí, por que empiezan a descubrir que, al entregar su base de poder local van perdiendo, con el tiempo, su poder de negociación. Empiezan a descubrir que han entregado demasiado. Este es el caso de Brasil, sobretodo en la década del 90, cuando se aliaron sectores de centro y de derecha para consumir este modelo entreguista, sin conseguir con todo grandes mejorías en sus exportaciones y una contraparte significativa para la retomada del crecimiento.

¹ Vease nuestro libro de 1967: El Nuevo Carácter de la Dependencia, CESO, Santiago de Chile, tema retomado y profundizado en Imperialismo y Dependencia, Era, México, 1978.

Que nos contaba el entonces ministro de relaciones exteriores frente a las dificultades de consolidar el Mercosul mientras avanza el proyecto norteamericano de un libre mercado de las Américas, es decir la ALCA:

“Existe un fuerte sentimiento en Brasil de que, después de una década de reformas de mercado, esas medidas fueran entendidas como una concesión unilateral sin que hubiera habido una reciprocidad (de los EUA), en igual intensidad, a través de la remoción de las barreras”.

Y continuaba el entonces Ministro de Relaciones Exteriores de Brasil, Luiz Felipe Lampreia con su lamento frente al subsecretario de comercio de los Estados Unidos:

“Nosotros sabemos que, a pesar de los esfuerzos que hizo Brasil en el sentido de abrir su economía en los últimos diez años, las industrias brasileñas son menos productivas que las de EUA en dos o tres veces. Si son forzadas a competir sin un sistema especial, serían destruídas.”

Tales actos de sinceridad no tienen la consecuencia lógica: es decir, la demisión inmediata de los equipos que condujeron a sus pueblos a tales desatinos y el abandono radical de una teoría o doctrina económica tan equivocada. Lo máximo que Brasil pretendió en este momento era un intento de adoptar principios más flexibles al interior del Mercosul, vease el acuerdo automovilístico con Argentina planteado en 1999. Al mismo tiempo, Brasil intentó ampliar el acuerdo regional, incluyendo los demás países de América del Sur en una Alianza Sudamericana, que se hace muy deseable.

Todo esto se inició sin abandonar la política de altos intereses y de contención del crecimiento que caracteriza el pensamiento conservador, felizmente derrotado en Estados Unidos durante el gobierno Clinton y posteriormente reimplantado en el gobierno de George W. Bus. Pero aún se puede decir que estos enfoques arcaicos y reaccionarios se encuentran en curso de derrota en Europa y Japón. Ellos ya impusieron un desastroso costo al pueblo brasileño por su política de sobrevaluación cambiaria que los técnicos de Fernando Enrique Cardoso abandonaron a prisas sin mayor autocritica. A partir de 1999 abandonan poco a poco sus fanfarreos librecambistas y buscan aplicar las políticas industriales que despreciaran como piezas económicas del pasado. Solamente en 2002 ellas dieron resultado produciendo un superávit comercial significativo.

Hacia donde nos llevarán estas improvisaciones políticas de una “élite” sin vértebra, sin pensamiento y sin patria?

2. ¿Bolivar o Monroe una vez más?

Siguiendo la línea de ampliación de la integración regional que señalamos arriba, el gobierno brasileño convocó una reunión de todos los presidentes de América del Sur, que se realizó en Brasilia, en septiembre de 2000. El objetivo era el de crear una Alianza de América del Sur que buscará repetir, en un contexto geográfico ampliado, los éxitos alcanzados por el MERCOSUR. A pesar de las dificultades por las que pasa el MERCOSUR a partir de la devaluación brasileña de 1999, como resultado en gran

parte de la manera improvisada en que se realizó, su éxito rotundo convenció incluso a la burocracia diplomática brasileña y ha despertado el interés de los gobiernos del Pacto Andino y de Chile y Ecuador.

En realidad, la formación de una Federación de Estados Sudamericanos es una tarea inconclusa lanzada por Bolívar, entre otras razones, para detener la entonces inicial hegemonía norteamericana en la región. Esta tarea quedó inconclusa en parte por la resistencia de sectores de la oligarquía local, en parte por la política inglesa y después norteamericana de dividir la región para dominarla. Lo mismo se hizo en los Balcanes, lo que dio origen a una expresión idiomática: la balcanización.

Ocurre que en el caso de Brasil, la sumisión de la Corona portuguesa a los objetivos ingleses, permitió que se mantuviera la unidad de este país continental. Unidad cultivada por todas las fuerzas políticas del imperio brasileño, a pesar de algunos brotes republicanos radicales en el sur de Brasil, bordearen el separatismo.

Al Brasil imperial y posteriormente al Brasil Republicano, hegemonizado por sus viejas oligarquías, le interesaba la balcanización de la América Hispánica y nunca fue un aliado importante en la definición de una unidad latinoamericana o aún sudamericana. Los republicanos, al oponerse a la dominación inglesa, se aliaron a Estados Unidos y fueron campeones de un panamericanismo que facilitó enormemente los objetivos imperialistas de Estados Unidos.

Solamente los gobiernos populistas de Getulio Vargas, Perón, Cárdenas y otros liderazgos apoyados en una clase industrial o media emergente y en las nuevas masas de trabajadores urbanos producidas por la industrialización y la urbanización de los años treinta, pudieron vislumbrar una América Latina Unida, que estuviera en los sueños de Bolívar, de Martí y de Hostos.

¿Porque este sueño bolivariano estuvo siempre adormecido por las oligarquías y ha encontrado siempre un fuerte apoyo en los sectores populares?

Por que los pueblos de América Latina se sienten identificados cultural e ideológicamente. Tanto es así que todos los gobiernos populares de la región, de Cuba de Fidel al Chile de Allende, se dejaron impactar fuertemente por la idea de una unidad continental. Incluso el Brasil de Goulart se dejó enamorar por este sueño, así también la Constituyente democrática brasileña en 1988 declaró a Latinoamérica región prioritaria de la política exterior y de la cooperación brasileña.

Los pasos iniciales que dieron origen al MERCOSUR fueron dados en el gobierno Sarney bajo la inspiración de su entonces Ministro de Cultura: Celso Furtado. Se trataba de romper uno de los puntos centrales de la balcanización latinoamericana: la doctrina estratégica de la confrontación entre Argentina y Brasil.

La expansión de las relaciones comerciales entre estos dos países se reveló de un potencial extremadamente fuerte y en pocos años un comercio hasta entonces inexistente pasó a ser lo más importante para ambos países. Es necesario matizar estas constataciones acordándonos que, en el mismo período crecía el comercio entre los países del sudeste asiático y Japón y se consolidaba la unificación europea, revelando una tendencia planetaria que no nos cabe discutir en este momento.

El inesperado éxito del MERCOSUR para amplios sectores de la oligarquía y de la burocracia brasileña puso a la orden del día nuevos temas subcontinentales siempre abandonados. El más importante de estos temas se liga a la región amazónica y en particular a las relaciones entre Brasil y Venezuela.

Quiérase o no aceptarlo, la región Amazónica es objeto de codicia internacional cada vez más intensa en la medida en que su biodiversidad se convierte en una riqueza clave para el próximo siglo, dominado por la ingeniería genética y la biogenética. Si los países de la cuenca amazónica no se muestran capaces de explotarla económicamente, si no crean mecanismos para la investigación de su potencial energético, mineral y su biodiversidad, serán desplazados de su dominio.

Urge pues una unidad efectiva de los estados amazónicos para generar ahí los mecanismos de una nueva ola civilizatoria en la región. Y no hay duda que la responsabilidad de Brasil es fundamental para este fin. Al mismo tiempo se plantea a Brasil la salida al Pacífico, a través de la Amazonia, como condición para expandir su comercio exterior limitado al Atlántico cuando el Pacífico se convierte en la región oceánica fundamental.

Pero existe otro tema de gran interés en este contexto: Brasil ha sido siempre un país dependiente de la importación del petróleo. A pesar de tener a su lado un gran productor como Venezuela, era obligado por Estados Unidos a comprar petróleo del Oriente Medio. Esto se debía al principio estratégico de que, para la potencia mundial, el petróleo venezolano era parte de su economía interna. Así se define también el petróleo mexicano y todo el paso estratégico del Atlántico al Pacífico por América Central y el Caribe, donde existen también importantes yacidas petroleras.

Este ha sido un límite estratégico para Brasil, al cual nuestras oligarquías se han sometido en general. Pero el fin de las hostilidades entre Brasil y Argentina ha liberado las Fuerzas Armadas brasileñas para concentrar sus fuerzas en la zona amazónica y ha llamado la atención cada vez más para esta dimensión de la política exterior brasileña. Asimismo, del lado venezolano se ha desarrollado una conciencia creciente de la importancia de una política amazónica.

La cuestión se pone más compleja cuando se descubre un enorme campo de petróleo en el lado brasileño de la región amazónica, lo que representa un vuelco geopolítico espectacular ya que el presidente Fernando Henrique Cardoso deseaba iniciar su explotación en su gobierno como tabla de salvación final para recuperar su prestigio político. De esta manera, la cuestión del petróleo amazónico plantea de inmediato a Brasil la necesidad de integrar el club de la OPEP.

No es pues sin razón que el gobierno norteamericano se ve obligado a desarrollar una prudencia especial en sus relaciones con el Brasil e el MERCOSUR. Como lo definió Arturo Valenzuela, principal asesor de la Casa Blanca para Asuntos Hemisféricos, durante el gobierno Clinton, “el gobierno americano considera que la convocación de una cúpula sudamericana por el Presidente Fernando Henrique Cardoso confirma una confianza creciente de la región en su destino común, la iniciativa del presidente brasileño estimula la convergencia política y la integración económica con el MERCOSUR, metas que los EUA comparten con las demás repúblicas del hemisferio”

Para él, de ninguna manera los Estados Unidos se oponían a esta iniciativa. Él reconoció, en esta entrevista al *Jornal do Brasil* (17/05/00) que la diplomacia latinoamericana, desde Contadora y el Grupo de Río, ganó una densidad creciente para cual llamamos la atención desde 1989, cuando anunciábamos la inevitable afirmación de la integración de la región².

La actitud del gobierno Clinton frente al MERCOSUR fue mantenida en parte en el gobierno conservador de George W. Bush. No se puede decir claramente que las fuerzas políticas hoy en el gobierno de EUA han liberado a Brasil para desarrollar una política de liderazgo continental que tendrá que extenderse en el futuro a África y a parte del Oriente Medio. Regiones en las cuales los Estados Unidos encuentran fuertes dificultades culturales para transitar.

Lo que pasa, sin embargo, es que las oligarquías de Brasil se han convertido en burguesías de tipo “compradoras”, es decir, meras intermediarias de las operaciones del capital financiero y comercial internacionales.

Se hace muy difícil a una clase dominante dominada y subyugada ejercer un rol activo en una política exterior, aún cuando dispongan de una burocracia estatal con larga tradición diplomática. Pero ha sido siempre una característica de esta diplomacia quedarse en los límites de una acción moderada. Para realizar una política agresiva y creadora habría que asociar muy claramente la política exterior brasileña a un proyecto nacional de gran audacia política. Esto es lo que se esperaba del gobierno Lula que incorpora en el poder los sectores sociales excluidos durante años de la administración.

Todo esto era imposible para el gobierno Fernando Enrique Cardoso, nacido de una alianza que se hizo cada vez más conservadora, con la derecha más rancia del país. Y que se reveló cada vez más distante de las bases populares, de la intelectualidad y hasta de los cuadros militares más reconocidos, cuyo nacionalismo los apartó del gobierno FHC.

Lo que pasó fue una situación contradictoria de un gobierno sumiso y dependiente siendo empujado para tomar actitudes más activas por el propio centro del poder mundial. A pesar de haber moderado el empuje hacia la Alianza de América del Sur, la diplomacia brasileña continua apresentando las convocatorias en esta dirección. Sin duda Europa vería con buenos ojos un Brasil más activo en su política exterior, particularmente en su política integracionista. Lo que resta de clase empresarial dentro del país también lo saludaría como una tabla de salvación. Esta es también la expectativa de Rusia y de China y ciertamente la de África del Sur, todos extremadamente interesados en la consolidación del MERCOSUR. Mayor aún es la expectativa de los países andinos, sin ninguna perspectiva efectiva de desarrollo si no encuentran un mercado importante en el cual apoyarse.

Pero tales expectativas dependen de una política agresiva de redistribución de renta, de reforma agraria y de crecimiento económico y pleno empleo en Brasil. Nada de esto se planteó en la política del gobierno FHC, dominado por un grupo de técnicos colonizados, en choque incluso con la derecha brasileña en contra de la elevación del

² Vease nuestro artículo “Integração latinoamericana: forças políticas em choque, experiências e perspectivas” en *Revista Brasileira de Ciência Política*, vol. 1, nº 1, março de 1989, Brasília, pgs. 71 a 90.

suelo mínimo de Brasil, incapaces de resolver la violenta crisis fiscal que ellos crearon para el país. Entre 1994 y 2002 elevaron la deuda interna (respaldada en dólares) de 54.000 millones de reales a 850.000 millones de reales. Y a pesar de esta orgía fiscal son saludados por la burocracia financiera internacional del FMI y del Banco Mundial como un modelo de disciplina fiscal !!!

Frente a estos hechos cada vez más apremiantes, el gobierno brasileño se vió obligado a tomar iniciativas para sostener los cambios en la política continental. Improvisadamente asignó al Banco Interamericano, en vésperas del Primer Encuentro de la futura Alianza, la tarea de presentar un plan de desarrollo para la región. Pero este Plan es desconocido para la nación en su forma concreta y nadie sabe si el gobierno lo tiene realmente listo y si lo aplicó en alguna parte.

Pero a pesar de todas las improvisaciones, de todas las restricciones ideológicas y hasta racistas de una diplomacia a servicio de un Brasil blanco y occidentalizante, los hechos obligan avanzar en la dirección de una Alianza de la América del Sur y en el futuro de una América Latina y hasta de una Alianza Atlántica.

Es interesante notar como un sector de las clases dominantes norteamericanas y de su intelectualidad ven con más lucidez la dirección de la historia y se apuran en colocarse en la dirección correcta, mientras que nuestras oligarquías se enredan en su pequeñez dependiente.

¿Serán capaces las fuerzas populares de la región de asumir estas responsabilidades estratégicas y realizar los acuerdos y pactos necesarios para impulsar y viabilizar la integración regional que nuestras clases dominantes tanto vacilan en realizar?

3. Efectos diplomáticos más generales

Estamos frente a una mutación de la vida diplomática de América. De un lado, el gobierno norteamericano toma decisiones cada vez más firmes para estabilizar el NAFTA, consolidar la iniciativa del Caribe, y establecer la ALCA como consolidación del edificio integracionista pan-americano.

De otro lado, el MERCOSUR, a pesar de su crisis, se afirma como un principio ordenador de la integración económica al sur del continente, teniendo al Brasil como líder indiscutible. Como vimos, el MERCOSUR tiende a convertirse en el germe de una Alianza de América del Sur, que integrará al Bloque Andino y al Pacto Amazónico.

Es claro que estamos frente a improvisaciones similares a las que dieran origen al MERCOSUR. Con todo, no podemos exigir de una región maltratada por 20 años de estancamiento, un proyecto realmente planeado para su integración. Además de esto, subsisten en el continente las referencias ideológicas neoliberales que insisten en otorgar al mercado el papel de asignador de recursos y planificador de la convivencia humana.

Sin embargo, con toda la improvisación del caso, no podemos olvidar que la unidad sudamericana estaba en la base misma de la gesta bolivariana que, en este sentido, viene siendo retomada en nuestros días como referencia doctrinaria, particularmente por la

experiencia política en curso en Venezuela. Hoy, el ideal integracionista incorpora a Brasil, que históricamente estuvo de espaldas al continente, bajo la influencia de los intereses geopolíticos ingleses y luego, norteamericanos.

Sin embargo, son muchas las preguntas que se colocan frente a este nuevo cuadro geopolítico. ¿Cómo fue posible que gobiernos que jamás se reunieron a nivel presidencial puedan, de repente, superar el veto que les impedía asociarse?

Sabemos que el principio de pan-americanismo se opuso intransigentemente a fórmulas sub-regionales como América latina, hoy ya consagrada. Sobretudo después que la Europa Unificada apoyó a Portugal y España para reunir a la cúpula iberoamericana, tan mal recibida por los Estados Unidos

La geopolítica norte-americana inspiró también el “boicot” del gobierno de Augusto Pinochet al Bloque Andino, llevándolo casi a la inacción. El MERCOSUR se formó también sin la simpatía norte-americana, que indujo su restricción a un proyecto de zona de libre mercado, cuando habían propuestas y acciones avanzadas en el sentido de una cooperación social, económica, tecnológica y cultural, que nunca fueron suficientemente desarrolladas.

Hoy, el gobierno norteamericano acepta la existencia de iniciativas sub-regionales que empiezan a ser vistas como etapas en dirección a la Asociación de Libre Comercio de las Américas – ALCA, que coronaría estos esfuerzos. En este sentido, el gobierno Clinton reeditó la tesis de Kissinger, que atribuía a Brasil un papel de líder regional, o de socio preferencial. Claro que este rol de liderazgo se coloca después de la prioridad atribuida a las relaciones con México, país vecino ya incorporado estratégicamente a través del NAFTA. El gobierno Bush se muestra vacilante en mantener esta línea pero no la ha rechazado totalmente, incluso en la perspectiva del gobierno de centro izquierda presidido por Lula.

Ocurre que las cosas no son tan simples. Después del golpe de 1964, Ruy Mauro Marini y yo debatimos muy en detalle sobre su pionera tesis que atribuía al golpe de estado brasileño el inicio de un complejo proceso histórico que él llamó de sub-imperialismo. Lo que nos desafiaba eran las contradicciones inherentes a este proceso que parecía inexorable.

El propio General Golberri do Couto e Silva había enunciado las bases de un acuerdo geopolítico en este sentido, en el cual Estados Unidos aceptaría un papel protagónico de Brasil en América del Sur y el Atlántico Sur, incluyendo Africa.

Acontece que las clases dominantes brasileñas devenían cada vez más en socias menores del capital multinacional, perdiendo, de este modo, su capacidad de liderar un proceso de tamaño dimensión.

Ya los años 70 demostraron estas dificultades. Los militares en el poder, en una etapa de crecimiento económico, tendieron a confrontarse con el liderazgo norteamericano llegando a elaborar una doctrina que consideraba a Estados Unidos como el principal enemigo de la conversión de Brasil en una gran potencia.

Era natural que las clases dominantes brasileñas terminaran por apartarse del proyecto militarista y buscaran nuevas condiciones de negociación en un contexto liberal democrático.

En este ínterin, el proceso de sumisión al capital internacional se profundizó y se orientó hacia una total, o casi total, identidad con los intereses del capital financiero internacional, cuyas altísimas comisiones y ofertas de “take over” parecían garantizar un mundo de enriquecimiento fácil.

En declaración relativamente reciente, el presidente de la Federación de Industrias de Río de Janeiro hizo una grave denuncia contra los industriales que en vez de resistir, entregan sus empresas para dedicarse a sus vidas privadas.

En este nuevo contexto ¿Quién se dispondría a sustentar un proyecto geopolítico de liderazgo regional del país, aún cuando existe un relativo respaldo de los EE.UU.?

Debemos considerar, por lo menos, nuevos factores importantes. El principal de ellos es la presencia de Europa y una creciente influencia del capital español y portugués en la región. Esto significa la presencia de nuevos componentes ideológicos como el Opus Dei y otras corrientes del viejo fascismo ibérico. Sabemos por ejemplo, del papel de Telefónica de España en la sustentación y apoyo a Fujimori en el Perú, y que sostenía proyectos diferenciados en la región.

¿Cuál es la ligazón de esos proyectos con la posición del gobierno brasileño que fué tan abiertamente favorable a Fujimori?. ¿Será una simple coincidencia el hecho de que ocurrió en esta misma época, el otorgamiento del premio Príncipe de Asturias de Cooperación al presidente Fernando Henrique Cardoso?. ¿Qué llevaría a Cardoso a entrar en choque con las corrientes socialdemócratas que lo apoyaron siempre, a pesar de dirigir un gobierno de centro-derecha en Brasil?. ¿Que llevaría a Cardoso a entrar en choque con los demás gobiernos (tal vez con la excepción de Japón) del grupo de los 8 que tanto aspiraba a integrar?. O todavía más grave, ¿qué lo llevaría a romper con las posiciones de los partidos de la Tercera Vía, al sostener el dictador peruano?

Todo esto encontrará su respuesta parcial en los próximos pasos de la alianza sud americana, que parece convertirse en un instrumento de intereses políticos cada vez más complejos tales como la defensa de reelecciones sucesivas, apoyo a regímenes autoritarios, conservación de bajos salarios, trabajo infantil y trabajo esclavo, así como desprecio por el medio ambiente.

Está, pues, configurándose en el horizonte una unión reaccionaria en defensa del atraso de la región en nombre de la soberanía nacional. Gobiernos absolutamente displicentes en la defensa del capital nacional, de las propiedades públicas, del derecho de establecer políticas económicas frente a las cartas de intención del FMI, de la defensa de las culturas nacionales, etc., etc., se tornan repentinos campeones de la soberanía nacional cuando se prenden líderes fascistas como Pinochet, cuando se cuestionan procesos electorales desmoralizados como la re-reelección de Fujimori, o incluso cuando se exige la aplicación de recursos del Banco Mundial y del BID a políticas sociales, o cuando se imponen condicionalidades sociales a través del FMI.

Estamos pues navegando en aguas revueltas, en zonas de inseguridad...

no podemos creer que los pueblos de la región van a aceptar que su ideal integracionista se mezcle con ambiciones reeleccionistas, regímenes autoritarios e intereses reaccionarios. Se ensobrece el horizonte de las transformaciones democráticas de la región cuando se sostienen a dictadores y ex-dictadores bajo los más variados pretextos. El golpe armado en Venezuela en contra del presidente electo Hugo Chaves, con el abierto apoyo norteamericano demostró da debilidad de nuestro ambiente democrático. Se hace muy confuso el panorama ideológico cuando banderas tan importantes como la soberanía nacional sirven para la mantención de regímenes autoritarios y regímenes de trabajo completamente superados así como sirven a la protección a la violación de los derechos humanos.

Todo indica que la oligarquía reaccionaria que nos impidió de desarrollarnos y situarnos entre las naciones civilizadas pretenden bloquear la integración regional, la democratización y nuestra integración progresista con las sociedades avanzadas contemporáneas.

4. La crisis Argentina y el agotamiento de las políticas neoliberales

Al analizar la crisis Argentina actual, nos situamos en el corazón mismo del proceso de globalización. Si hubo un país que creyó en las virtudes de una adhesión total a la globalización éste ha sido la Argentina, sobre todo a partir de la operación Menem. Es decir, desde el rompimiento del frente nacional democrático peronista que permitió debilitar cualquier resistencia a la globalización.

Es interesante destacar que operaciones similares han sido realizadas en los núcleos duros del movimiento nacional democrático latinoamericano. Salinas en México desplazó totalmente el PRI de sus tradiciones revolucionarias.

Él intentó incluso rehacer la historia enseñada en las escuelas para revalorizar a Porfirio Díaz en detrimento de la revolución mexicana. Él preparó la conciencia del pueblo mexicano para una dolorosa autodestrucción que le permitiera aceptar naturalmente su integración subordinada y pasiva en la NAFTA.

Las glorias de la política exterior independiente de México fueron enterradas en nombre de las ventajas de un comercio externo más dinámico. El PRI fue evacuado de todo contenido nacional y popular para abrir camino a una victoria del PAN, cuyo conservadurismo político y liberalismo económico terminaron confundidos con un desarrollo democrático antidictatorial.

En Chile cupo al Partido Socialista de Salvador Allende dar continuidad al modelo económico neoliberal iniciado por Pinochet, su verdugo.

En Venezuela adhesión al neoliberalismo por la socialdemocracia expresada por la ADECO, dio origen al Caracazo, insurgencia popular en contra de la política del FMI, que dará origen a la rebelión militar de la cual nace Hugo Chávez a quien cabrá, diez años más tarde, derrumbar todo el sistema institucional venezolano. En este medio tiempo, el Movimiento al Socialismo junto con los social cristianos asumió la responsabilidad de dar continuidad al modelo neoliberal.

En Perú, el candidato contrario al FMI, que hizo retroceder la izquierda unida, que terminó por apoyarlo en contra de los conservadores unidos en torno a Vargas Llosa, Fujimori, fue el destructor de la institucionalidad peruana nacida del agotamiento de la revolución comandada por Velazco Alvarado.

En Brasil, después de la experiencia de un advenedizo como Collor, fue necesario recurrir a un cuadro de la nueva Social Democracia, una división del Movimiento Democrático Brasileño, para consolidar una política neoliberal consistente, a través de una alianza con la derecha brasileña más tradicional. Los dos gobiernos de Fernando Henrique Cardoso cristalizaron esta reversión política en torno de un programa político neoliberal.

Estas consideraciones se hacen absolutamente necesarias cuando se mira la presente situación argentina. Pues lo más dramático de la realidad de este país no es tanto la gravedad de su crisis económica, que podría ser superada con un gobierno fuerte, arraigado en la conciencia nacional democrática.

La cuestión más grave es la desmoralización de este movimiento nacional democrático, que llegó a identificarse con todo un liderazgo político y la mayor parte de la clase trabajadora argentina, sin contar con un sustituto devidamente constituido. El fracaso del radicalismo liberal, asociado a facciones de la izquierda, completó este vacío ideológico y político.

Que se trata de una cuestión básicamente política e ideológica queda claro cuando vemos una potencia económica como Argentina perder cualquier confianza en su capacidad de organizar su economía en favor de la mayoría de su población.

Esto es más evidente aún cuando asistimos a un país exportador extremadamente dinámico, con una cultura industrial bastante avanzada y un potencial de innovación tecnológica extremadamente positivo sufrir un grave problema cambiario y un endeudamiento internacional y nacional espectacular.

A pesar de las justificaciones ideológicas, inspiradas en un pensamiento neoliberal totalmente arcaico y alejado de la realidad, no hay ninguna razón económica para que una economía como esta se vea en una situación tan negativa. La única explicación para esta situación es la acción nefasta de una elite tecnocrática y política totalmente al servicio de intereses económicos contrarios a las necesidades de la población.

Esta elite ha arreglado la política económica de manera a facilitar la salida masiva de capitales del país, inviabilizando las nuevas inversiones internas, volcadas hacia el desarrollo industrial y tecnológico que depende de decisiones estatales osadas, confiadas en la capacidad de auto realización del pueblo argentino.

Claro que esta opción exige un esfuerzo político por integrar Argentina en el MERCOSUR y en el continente suramericano que puede constituirse en un mercado importante para asegurar su viabilidad. Es evidente que propuestas como éstas no tienen ningún significado para un pensamiento económico neoliberal que está volcado exclusivamente para la generación de un equilibrio macroeconómico que atienda a las exigencias inmediatas del mercado.

En este tipo de enfoque no se entiende que la generación de los mercados es fruto de acciones políticas e cambios históricos, de la creación de marcos institucionales nuevos, de invención e innovación en el plan socioeconómico, de distribución del ingreso, de planteamientos ideológicos.

Estas consideraciones son particularmente importantes cuando vivimos momentos históricos de transición como en el momento actual. La creación de ciertos marcos institucionales permiten cambiar dramáticamente la situación económica de los países.

México, por ejemplo, pudo aumentar sus exportaciones de 43 mil millones de dólares en 1995 hacia los 180 mil millones en 2001 al integrarse en el NAFTA y al adoptar la flexibilidad cambiaria. Es verdad que no pudo impedir un crecimiento similar de sus importaciones al adoptar las maquilas como base principal de estas exportaciones.

Cambios similares podemos destacar en China al adoptar ciertas decisiones institucionales que la transformaron en una potencia económica mundial. Más significativos serán en los próximos años los cambios que ocurrirán a consecuencia de la conversión de China en una potencia financiera.

De la misma manera, podemos esperar cambios extremadamente significativos de una clara opción de Argentina por un desarrollo más volcado para América del Sur. Esto será favorecido, es verdad, por una decisión más clara de Brasil en esta dirección. El drama actual de Argentina apunta claramente hacia la necesidad de buscar estos nuevos marcos institucionales. El modelo neoliberal está definitivamente en crisis en la región.

Trátase de abrir la cabeza de la gente, pues existen muchos proyectos importantes, técnicamente viables. En el momento en que las decisiones políticas sean tomadas surgirán los recursos necesarios para realizarlos. La idea de que América Latina es una región con baja disponibilidad de ahorros es falsa. La región exporta sus ahorros sea bajo la forma de inversiones de residentes en el exterior, sea bajo la forma del pago de intereses, remesas de ganancia, pagos de fletes y servicios técnicos, gastos excesivos en el exterior y otras actitudes que reflejan sobre todo la ausencia de políticas públicas más coherentes con los intereses de las economías nacionales y de las poblaciones mayoritarias.

Argentina tenía una ventaja en relación al resto de América Latina por sus altas inversiones en educación que le permitió disponer de una mano de obra calificada, de un desarrollo tecnológico y científico importante, de una conciencia política bien articulada.

Todas estas ventajas son puestas en cuestión cuando se adoptan principios de política económica contrarios a los intereses del país. En verdad, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial han ejercido un poder ideológico profundo sobre la conciencia de las elites latinoamericanas.

Es verdad que las comisiones de los préstamos internacionales y de los procesos de privatización, ciertas facilidades de la expansión del comercio de armas o del contrabando de la droga y otras actividades ilegales, ayudadas por los altos sueldos pagados por estas instituciones, así como las más distintas formas de corrupción asociadas al libre mercado forman un campo de cultura muy importante para estos "desvíos" ideológicos.

No es una coincidencia que Salinas se encuentre forajido de México, que Fujimori viva en la misma situación, que Menen y Cavallo estean amenizados prisión en Argentina, que Collor se vea marginado de la vida política y procesado, que Noriega se encuentre en la prisión en Estados Unidos, que Carlos Andrés Pérez haya cumplido prisión y se encuentre con nuevos procesos en Venezuela.

Hay una imbricación íntima entre las políticas neoliberales y la corrupción. La corrupción de las mentes y la corrupción ética y moral caminan tomadas del brazo.

5. La encrucijada frente a la crisis del neoliberalismo

La disolución del bloque monolítico que representó el pensamiento único en las décadas de los 80s y los 90s del siglo pasado está llegando a su punto crítico. Sin embargo, el cadáver se encuentra insepulto. No está claro aún quienes serán los encargados de enterrarlo. La tarea es mucho más compleja de lo que pueda parecer a la primera vista. Tratase de un fenómeno muy complejo que tiene demasiados lados entrecruzados.

En primer lugar, el triunfo del neoliberalismo en la doctrina económica fue el resultado de la larga onda de descenso económico iniciada en 1966-7, cuando los Estados Unidos buscó mantener su crecimiento económico a través de una nueva ola de gastos militares que se canalizaran hacia la guerra del Vietnam.

Esto ocurrió en un momento en que los gastos públicos saltaban hacia un nuevo nivel, como consecuencia del auge de los gastos con el llamado Estado de Bienestar, en consecuencia de la campaña de Lyndon Johnson por la Gran Sociedad, que pretendía eliminar la pobreza en los Estados Unidos.

La tensión generada por los nuevos gastos de guerra se chocó con la movilización de contenido social y su ideario. Mientras tanto el aumento de los gastos públicos continuó presionando los Estados Unidos hacia el aumento de las importaciones, al mismo tiempo que crecían cada vez más los gastos en el exterior. El déficit del balance de pagos se hizo más serio con la llegada del déficit comercial en 1969 para quedar definitivamente en la nueva fase de la vida del imperio norteamericano. Desde esta época hasta nuestros días este desequilibrio básico de las cuentas externas de Estados Unidos continuó a crecer preparando una nueva era de desequilibrios en la economía mundial.

Es importante comprender que, en este momento, se agotaban mecanismos fundamentales del crecimiento económico que se desarrollaron durante los años del ascenso económico iniciado después de la Segunda Guerra Mundial. Estos mecanismos estuvieron asociados al triunfo de las ideas de Keynes en la ciencia económica que sirvieron de base teórica para una nueva fase del pensamiento liberal, que se liberaba de la noción de equilibrio general como centro de la mecánica económica y rompía con algunos principios fundamentales del liberalismo como el padrón oro y el equilibrio fiscal.

Asimismo, el auge de las luchas sociales en la posguerra, después de años de graves confrontaciones, iniciadas en 1917 con la revolución rusa, no dejaba espacio para el libre mercado que, según Keynes, no permitía el pleno empleo que se convertía en el objetivo fundamental de las políticas económicas. La caída del crecimiento económico

en 1967 anunciaba un nuevo período de la economía mundial que permitió la vuelta del desempleo. Al mismo tiempo, el aumento de la deuda pública exacerbado por la aventura militar ejercía fuertes presiones inflacionarias. La combinación de inflación y caída del crecimiento dio origen al fenómeno de la “stagflación” que desafió la ortodoxia económica de base keynesiana.

Este fue el momento adecuado para la entrada en escena del pensamiento que en América Latina llamamos de neoliberal y que corresponde de hecho a una visión neoconservadora como lo ven los norteamericanos y europeos. La implantación del neoliberalismo empieza en 1973 por la entrega de la política económica del gobierno fascista del general Augusto Pinochet a los llamados “Chicago boys”.

Era en la Universidad de Chicago donde se había refugiado el desmoralizado grupo de pensadores ultraliberales, que se reunían desde 1945 en los encuentros anuales de Mont Pellerin. Entre ellos ganara destaque el monetarista radical Milton Friedman, que proponía una política antiinflacionaria de base monetarista, que siempre contó con buena disposición del Fondo Monetario Internacional.

No debe causar espanto este vínculo del ultra liberalismo con el fascismo. Todos los jefes fascistas importantes se consolidaron en el poder a través de políticas de estabilización monetaria, seguidas de períodos significativos de crecimiento económico moderado o simple estagnación de la renta nacional.

Un ejemplo significativo de esta ligazón entre el ultraliberalismo y el fascismo se encuentra en el artículo de Gustavo Franco al presentar el libro del ministro de las finanzas de Hitler, Hjalmar Schacht, Setenta y Seis Años de mi vida, editado en portugués por editora 34. Bajo el subtítulo de “la autobiografía del mago de la economía alemana de la República de Weimar al III Reich” encontramos una presentación general del libro hecha por el representante de Brasil en el Consejo del Fondo Monetario Internacional, Alexandre Kafta; una presentación política por Bolivar Lamounier y finalmente la presentación económica por aquél que se considera el verdadero autor del plan real y que fue el presidente del Banco Central en buena parte del gobierno Fernando Henrique Cardoso.

Aprendemos con el “teórico” del plan real que “las ideas de Schacht eran buenas, pero estaban al delante de su tiempo”. Y sabemos también que su libro es “una sucesión de clases ministradas por un maestro en un teatro que cubre los principales eventos del siglo XX.” Como se ve, el plan real de Brasil también tiene sus deudas con el pensamiento económico para-fascista.

No es pues absurdo la constatación de Joseph E. Stiglitz en lo referente al Fondo Monetario Internacional. En su libro Globalization and its Discontents, él afirma: “La extensión de las condiciones significa que los países que aceptan las ayudas del Fondo tienen que ceder una gran parte de su soberanía económica. Algunas de las objeciones a los programas del FMI son basadas en esto y el consecuente daño a la democracia: en otros casos se basan en el hecho de que las condiciones exigidas no logran (o no buscan) restaurar la salud económica.”

Esta relación entre el pensamiento único, el ultra neoliberalismo y el totalitarismo no son algo nuevo, como vimos, pero ha sido puesto en segundo plano en los últimos años. Pero no debemos olvidar la relación estrecha entre el gobierno de Nixon y el golpe de

estado en Chile, en 1973, lo mismo podemos afirmar del período Reagan o de las relaciones tan estrechas entre la señora Thatcher y Pinochet. En realidad fueron los gobiernos de Reagan, Thatcher y Kohl que asumieron oficialmente la perspectiva neoliberal en toda su extensión.

Ellos se realizaron en el período más difícil de la crisis de largo plazo, iniciada en 1967, endurecida en 1973-75, retornada en 1978-81, combatida en nombre del neoliberalismo entre 1983 y 1987, con algunos resultados generales luego comprometidos en la crisis de octubre de 1987 que inicia la decadencia del pensamiento único en los Estados Unidos que conduce al gobierno Clinton, luego llegando en parte a Europa con la onda rosa de las victorias social demócratas y socialistas, pero que sigue sin embargo muy fuerte en América Latina y en las zonas excoloniales.

Si vinculamos el ascenso del pensamiento único al fascismo y otras formas de autoritarismo, como la tecnocracia internacional y los gobiernos conservadores, podemos también vincularlo a una tendencia del pensamiento filosófico hacia un formalismo que tendió a ser hegemónico en las décadas de los 80s y 90s. El estructuralismo filosófico, predominante en los años 70s, abrió camino hacia este desprecio de la historia que se consolidó en la fuerza de las propuestas post-modernas.

Fue típico de esta fase el intento de valorizar los períodos históricos pre-revolucionarios y de descalificar los períodos revolucionarios. Es así como se desarrolla una interpretación extremadamente conservadora de la revolución francesa en la conmemoración de sus 200 años; se busca desmoralizar totalmente la revolución rusa; y, finalmente, el gobierno Salinas en México busca descalificar la revolución mexicana y valorizar el período del dictador Porfirio Díaz.

En el plano de la teoría del conocimiento se debe resaltar también la hegemonía de las tendencias neokantianas en las Ciencias Sociales que habían ganado ya mucha fuerza en los años 50s. Entre sus exponentes principales está Karl Popper que frecuentó las reuniones de Mont Pellerin desde el comienzo. Con el fortalecimiento del estructuralismo estas tendencias se hicieron definitivamente dominantes tendiendo a presentarse como la única forma de conocimiento científico.

De este análisis muy general se puede sacar la conclusión que el fenómeno del pensamiento único estuvo ubicado en el contexto de un proceso múltiple y complejo. En el plan económico él responde a las dificultades sociales generadas por un largo período de recesiones o quedas del crecimiento, con el aumento de las tasas de desempleo y el debilitamiento de las condiciones de lucha de los trabajadores en general.

Asimismo en el plano económico hay un quiebre de las actividades de planeamiento y una hegemonía creciente del sector financiero que pasa a fortalecerse con altas tasas de ganancia frente a las dificultades de inversiones directas perjudicadas por la caída de la tasa de ganancia evidente en el final de los años 60s.

Las cuentas públicas se ven afectadas por el crecimiento del déficit fiscal, agravado dramáticamente por el aumento de las tasas de intereses que se convierten en un de los principales rubros de los gastos públicos. Con la recesión aumenta también la población desempleada, cae la fuerza de los sindicatos y aumentan los gastos del Estado con la asistencia a los trabajadores desempleados y otros gastos sociales.

Todos estos fenómenos fortalecen las fuerzas conservadoras y en algunos casos hasta las tendencias reaccionarias que pretenden empujar la historia para atrás. Es una condición para el pleno desarrollo de estas tendencias teóricas, el abandono de la historia como una referencia evolutiva de la humanidad. Como no hay acumulación en la coyuntura económica, estimase también que no hay acumulación en todas las dimensiones de la historia.

Cuando se recoge a la historia es para asumir su fin, como lo hizo con extremo éxito Fukuyama en 1989, con su célebre artículo, luego convertido en libro apoyado por un enorme aparato publicitario.

En el plano político, la aventura neoliberal tuvo también su refuerzo en la retomada del poder por los partidos conservadores y su proyección sobre la agenda política de los años 80s y 90s.

Restó por analizar el vínculo estrecho de estos cambios generales con el manejo de los aparatos ideológicos. Las ideologías fueron asimiladas por los medios de comunicación y transformaron estas ideas en fuerzas materiales indiscutibles. Esto ayudó a producir un terror ideológico muy evidente que impide hasta nuestros días la superación de estas concepciones arcaicas en la vida contemporánea.

Estamos por lo tanto en el comienzo de un amplio desmoronamiento de este basto complejo que fue la hegemonía del neoliberalismo y necesitamos armar urgentemente una respuesta articulada a este gran embuste, sea en el plan filosófico, como económico y político. Solo así podremos iluminar la encrucijada en que nos encontramos.

6 – La crisis llega a América Latina

En general, los gobiernos latinoamericanos han buscado la explicación de las dificultades generadas por sus políticas económicas en la “crisis mundial”. De ahí la necesidad de definir la naturaleza de la crisis que se inició en Asia en 1997 y que se expandió por todo el globo.

Según nuestro punto de vista, ella es la extensión e desdoblamiento de la quiebra y esvaziamento de la ola de expansión financiera iniciada en 1973 (con los petrodólares) y realimentada en 1979 (con el aumento de la tasa de interés en los Estados Unidos y el agigantamiento de la deuda pública norteamericana en la década del 80).

Este quiebre se inició en octubre de 1987, cuando se produjo la más grave crisis financiera desde 1929. Grave por su profundidad (pérdida de 1 billón de dólares en un día en la economía mundial y devaluación del dólar del 40%) y grave por su extensión a todo el globo. La caída del índice Nikei de las bolsas japonesas a la mitad jamás se recuperó.

La intervención de los bancos centrales de Japón y Alemania para contener la caída del dólar se mostró eficaz solamente por un corto período. En los dos años siguientes el gobierno republicano de los Estados Unidos empezó a entender la imposibilidad de seguir la política económica del señor Reagan. La política de este país abandonó el modelo basado en dólares supervalorizados, déficit comercial, altos intereses pagados

por el Estado, endeudamiento público creciente, atracción de capitales del resto del mundo.

A partir de entonces, ayudado por el Consenso de Washington, el modelo de política económica norteamericana se invirtió: moneda desvalorizada, recuperación del déficit comercial, tasa de interés en fuerte caída, disminución de la necesidad de atracción de capitales del exterior, perdón para parte de las deudas externas del Tercer Mundo (Plano Bus) con el objetivo de liberar recursos para la importación en los países deudores.

Es evidente que, para establecer esta política en los Estados Unidos, se necesitaba de políticas opuestas en el resto del mundo: valorización de las monedas competidoras de todos los países, reversión de los superávits comerciales de estos países en déficits o por lo menos la disminución de los mismos superávits.

Tales políticas económicas, fiscales y financieras eran al mismo tiempo interdependientes y concomitantes. Era necesario obligar a las demás naciones a ajustarse a ellas. Ya hemos mostrado la resistencia de Japón, después de aceptar la valorización artificial del yen entre 1992 y 1995. China también resistió a una valorización excesiva del yen pero también hizo concesiones. Sin embargo ambos países continuaron con superávit en su comercio con los Estados Unidos, manteniéndolo (en el caso de Japón) y aumentándolo (en el caso de China) con los efectos directos en sus reservas monetarias internacionales.

La imposición de la nueva política norteamericana tuvo excelentes resultados para esta economía. La baja del dólar y de la tasa de interés permitieron restablecer las exportaciones y estimular el sector productivo. El déficit fiscal tendió a cero y llegó mismo a un superávit de cerca de 200 mil millones en 2000. El déficit comercial disminuyó significativamente. Hasta que Japón empezó a liderar la rebeldía en los finales de 1996.

Aprovechándose de la necesidad de renovación de los títulos de la deuda pública norteamericana, Japón forzó una baja del yen de 82 yens por dólares para cerca de 140 yens por dólar.

Como resultado, el déficit comercial norteamericano volvió a valores de los 80's.. Estados Unidos resolvió utilizar los poderes de su economía en recuperación para poner en jaque esta situación. Un aumento en la tasa de interés norteamericano señaló para la economía mundial la nueva estrategia. La migración de capitales para los Estados Unidos puso en jaque las economías en torno de Japón.

Debilitados por la caída del yen y la baja de la demanda japonesa, los tigres y gatos asiáticos estaban obligados a devaluar sus monedas. Los especuladores se prepararon para tal fin. En 1994 el México ya había mostrado que las olas especulativas terminan en situaciones semejantes. En 1997 el Sudeste Asiático no hizo más que confirmar tales constataciones.

En América Latina nos hemos subordinado a la nueva política del Consenso de Washington por etapas. Primero el México, después la Argentina, en tercer lugar el Brasil y, en parte, Venezuela. Chile mantuvo un espacio propio pues la buena situación del cobre, hoy en caída, y de sus exportaciones para Asia, también en caída desde 1997, le permitían evitar el déficit comercial.

La crisis de México en 1995 provocó una quiebra de expectativas en la región. Para superarla algunos gobiernos resolvieron acentuar al paroxismo los desequilibrios estructurales de la economía. Este ha sido sobretodo el caso de Brasil.

Recién victorioso en contener la inflación, lo que lo llevó al poder, el gobierno Fernando Henrique Cardoso no disponía de excedentes cambiales pues su moneda sobrevaluada llevó a un déficit comercial cada vez más grave. Como “única” solución, sin comprometer de inmediato su modelo, aumentó drásticamente la tasa de interés pagada por el Estado brasileño para atraer capitales de corto plazo del exterior. Con una inflación de un dígito, el gobierno brasileño elevó la tasa de interés a más del 50% al año. Era irresistible para los especuladores. Valía la pena correr cualquier riesgo para embolzar tan jugosos intereses. Pero cualquier economista serio sabía que a mediano plazo estas tasas de intereses serían insoportables.

Los resultados no tardaron a presentarse: la deuda interna brasileña saltó de 63 mil millones de reales en 1994 a 330 mil millones en 1998. Las reservas internacionales, único destino de los dólares entrados en el país, crecieron de 36 a 70 mil millones de dólares. El gobierno logró posteriormente bajar la tasa de interés pero los movimientos para la baja de la tasa de interés llevaron a fuga de dólares. El gobierno se vió atrapado por un gigantesco déficit fiscal de cerca del 7% del PIB, cuya origen está exclusivamente en los enormes pagos de interés por el Sector Público.

Para compensar la salida de capitales de corto plazo, aumentaron las ventas del patrimonio público a cualquier precio. La Vale del Rio Doce, una de las mayores empresas mineras del mundo, fue vendida por 6.000 millones de dólares. En 1998, esperavase vender la Telebrás, una de las más promisoras empresas de telecomunicaciones, por 36.000 millones de dólares. Se terminó vendendola por 22.000 millones. Tratase de atraer dólares para compensar los déficits comerciales y cambiales crecientes. La moneda sobrevalorizada aumentó los gastos de turismo de los brasileños. Los pagos de intereses de la deuda externa se han reiniciado, las salidas de capital aumentaron.

Pero, al lado de estas sangrías cambiales, la economía brasileña desarrolló otras fuentes de déficit cambial que solo ahora muestran sus efectos. Los altísimos intereses del país y la estabilidad de la moneda estimularon la búsqueda de préstamos en el exterior por empresas privadas brasileñas. Esta nueva deuda subió de 30 mil millones de dólares en 1994 para cerca de 140 mil millones. Tratase de títulos de corto plazo que están por vencer de inmediato con poca perspectiva de renovarse debido a la crisis cambiaria y financiera actual.

Una parte de estos títulos fueron estimulados por el gobierno pretendidamente para crédito agrícolas. Es evidente que los tomadores brasileños que pagaron tasas de interés de un dígito al año en el exterior aplicaran sus recursos en el sector financiero nacional en títulos públicos con intereses muchas veces más altos.

Como se ve, no se puede responsabilizar las crisis económicas internacionales por orientaciones de política económica contrarias al interés nacional que aumentaron la exposición de estos países a las oscilaciones internacionales.

Frente a las crisis los varios gobiernos reaccionaron de forma diferente alcanzando resultados muy diferenciados desde Malasia, que impidió la salida de capitales por ley,

hasta la Rusia que decretó moratoria, ambos en excelente situación en los años 2000, hasta los tigres asiáticos que fueron obligados a devaluar sus monedas, hasta los latinoamericanos que reconocieron al aumento de las tasas de interés y a la privatización desenfrenada para atraer capitales sin devaluar en el primer momento. Brasil en 1999, Argentina en 2001, son casos de devaluación forzada con retiradas masivas de capitales. Como lo fuera México en 1995...

En fin, cada país es responsable por sus políticas frente a la crisis del capital financiero mundial.

7 – Graves Decisiones

La democracia latinoamericana es una planta muy débil que necesita un cuidado especial. El problema más grave que la amenaza es la falta de solidez de sus raíces socioeconómicas. La dependencia estructural, el crecimiento distorcido hacia sectores limitados de la población y basado en exportaciones de bajo valor agregado, la distribución negativa del ingreso y la distancia entre las elites y las masas populares, la retirada masiva de los excedentes logrados a costa de la superexplotación de los trabajadores (bajo la forma de pagos de intereses internacionales, remesas de ganancias incontroladas, pagos de servicios sobrefacturados, retiradas clandestinas de recursos de nacionales, etc), todos estos ingredientes forman la base de un desarrollo perverso. Lo hemos llamado históricamente: un desarrollo dependiente, concentrador y excluyente.

Para sostener este modelo de desarrollo, que nos aparta cada vez más de los centros de la economía y sociedad mundial, nuestras elites han recorrido a la dictadura militar, con pretensiones fascistas, que dominaron la región en la década del 70, bajo la égide del apoyo político, económico y militar norteamericano. En la década de los ochenta, hemos asistido a una apertura política en nombre de los derechos humanos que restableció los regímenes liberales donde habían sido banidos por las dictaduras, liberalizó los regímenes producidos por el movimiento nacionaldemocrático de corte populista e impuso formas liberales de gobierno donde nunca las hubo.

Pero esta ola de democratización, impulsada desde los centros de la economía y política mundial, no fue acompañada de una política de desarrollo económico que buscara aliviar los graves problemas ocasionados por el modelo de desarrollo dominante. Por el contrario, se buscó reforzar este modelo acentuando su contenido liberal en la economía, debilitando los Estados nacionales creados a duras penas, en choque con estas poderosas fuerzas internacionales y locales que siempre los capturaron para colocarlos a su servicio exclusivo.

La hegemonía neoliberal trajo el modelo de los ajustes estructurales de la década del 80, según el cual nuestras economías se convirtieron en máquinas de pagar intereses internacionales en detrimento del consumo interno y del desarrollo. En seguida, en la década del 90, nos inserimos en el consenso de Washington que nos amarró a las monedas sobrevaluadas, amplios déficits comerciales y a las altas tasas de interés para atraer el capital internacional interesado en las reservas internacionales y en la privatización de nuestras empresas públicas.

Durante el “ajuste estructural” produjimos superávits comerciales enormes para pagar intereses, exportando nuestro ahorro para el exterior bajo la forma del pago de intereses

en los momentos de las más altas tasas de interés mundial. En el período del “Consenso de Washington”, cuando habíamos acumulado algunas reservas en consecuencia de la suspensión del pago de intereses y de la renegociación de las deudas externas, en el final de los años ochenta, volvimos a exportar nuestros ahorros bajo la forma del pago de las más altas tasas de interés internas, en el período en que estas tasas cayeron drásticamente en los centros de la economía mundial.

Dos décadas de profundización de una opción económica cada vez más negativa para la población solo pudo reforzar los graves elementos estructurales que amenazan nuestra democracia. Debemos asociar a esta acumulación de perversidades, el crecimiento del consumo mundial de las drogas, para cuya producción la región dispone de ventajas comparativas definitivas, tales como la tradición en el cultivo de la coca en la zona andina, donde mejor se desarrolla y con más alta productividad.

Podemos afirmar que la crisis de la región andina sería de una profundidad mucho más grave si no hubiera progresado ahí el negocio de las drogas. Más grave aún: la mafia colombiana (y otras, en seguida) consiguieron organizar la venta de la droga en Estados Unidos y Europa, en alianza con las mafias italianas y cubanas que ya dominaban gran parte de los negocios ilegales en estos países. Más grave aún: la enorme liquidéz proporcionada por el mercado de las drogas permitió a las mafias latinoamericanas penetrar en el sistema financiero internacional y convertirse en un poder regional gigantesco.

Así fue como conocimos en la década de los 90s el fenómeno de la elección de presidentes de la república claramente vinculados con el comercio de las drogas, reforzados por el contrabando de armas a él asociado y otras actividades ilegales. No debemos olvidarnos que el fenómeno de la dolarización está articulado con esta liquidéz, el lavado de dinero, la corrupción asociada a la expansión del pago de comisiones de los créditos internacionales.

Si hiciéramos una descripción de todos estos fenómenos podríamos crear la imagen de que la región es un enfermo de un cancer incurable. No. Hay caminos para salir de este atollero de perversidades contenido en un determinado modelo de desarrollo económico. Pero es necesario decir con claridad que se necesitan transformaciones radicales, sin las cuales no se puede esperar un cambio profundo desde un desarrollo perverso hacia un círculo de crecimiento virtuoso.

El momento actual nos indica que estamos profundizando el pântano de dependencia, concentración de renta, miseria y exclusión, corrupción y violencia. La crisis del modelo mexicano, con todas las ventajas de su proximidad con Estados Unidos y del acuerdo de libre comercio de la América del Norte es un anuncio serio. La crisis Argentina es extremadamente grave y está aún en sus comienzos. La crisis venezolana muestra que los principios democráticos no son para nada esenciales y que el golpismo tiene apoyo en los Estados Unidos. La crisis colombiana se profundiza con la elección de un “duro” para la presidencia. En Ecuador, una dolarización irresponsable aumenta la crisis interna. En el Perú un gobierno nacido de la resistencia en contra del golpismo de Fujimori se hunde dramáticamente. En Brasil, los sectores empresariales se mostraron inquietos con la posibilidad de una victoria electoral de la izquierda mientras el país daba señales de una situación económica extremadamente grave.

Es hora de reflexionar, de buscar alternativas, de apuntar hacia cambios sustanciales, de provocar esperanzas en una población cansada de dos décadas de estagnación. Es hora de poner de lado las pretensiones de los tecnócratas de mantener los principios doctrinarios del FMI y del Banco Mundial que estuvieron en la base de todas las políticas económicas de estas dos décadas.

Una cosa es cierta: las esperanzas de resolver los problemas de la región en base al “libre mercado” no solo han fracasado sino que han agravado los problemas del subcontinente. Cerrar los ojos a esta dramática realidad o intentar detener los cambios con medidas de fuerza no son el camino. Solo pueden llevar a una profundización de la crisis. Es una hora de graves decisiones. ¡Tomemolas!

8 – MERCOSUR: un proyecto histórico

A comienzos de los años 50 el pensamiento económico latinoamericano produjo, sobre todo en la CEPAL, una abundante literatura sobre la importancia de la integración económica a comienzos de los años 50. En esa época no se podría imaginar que una política de cooperación siderúrgica entre algunos países europeos que, hace poco tiempo se mataban entre sí en una guerra odiosa, llegaría a constituir esta obra colosal de la cooperación humana que es hoy la Europa Unificada.

En América Latina tuvimos que asistir impotentes a las dificultades de la colaboración regional, iniciada por ALALC en 1960. Tuvimos que restringir nuestras pretensiones integracionistas bajo presión de la doctrina del panamericanismo pero, sobre todo, por la pesada herencia de nuestro pasado colonial y dependiente.

Nuestras infraestructuras de carreteras y de comunicación se dirigían fundamentalmente hacia la exportación de productos primarios a los centros de la economía mundial. Desconocíamos, y hasta hoy así es, lo que pasaba en nuestros países vecinos. Nuestra diplomacia se orientaba verticalmente hacia los centros del poder mundial, dándole una importancia secundaria a América Latina.

En este ambiente poco favorable, presenciábamos el debilitamiento de ALALC, buscando muchas veces razones técnicas para su fracaso, cuando sufríamos, de hecho, las consecuencias de una estructura del poder mundial en que éramos más espectadores que autores.

De los años 30 hasta la década de los ochenta, logramos avanzar en dirección a una estructura económica más orientada a nuestros mercados internos. Y pudimos aumentar la densidad de nuestras relaciones diplomáticas regionales hasta la creación del Mercosur.

Esta cooperación en el Cono Sur de América mostró las potencialidades del intercambio entre economías de desarrollo medio, como Brasil y Argentina. El éxito del Mercosur vino a estimular iniciativas diplomáticas regionales de gran repercusión para el destino de las Américas y de nuestras relaciones con el resto del mundo.

Hoy señalamos el entusiasmo que esta experiencia, aún restringida y localizada, despertó en todo subcontinente de América del Sur. Los países que componen el Pacto Andino y

el Pacto Amazónico desean, ardorosamente, unirse al Mercosur, visto como una exitosa experiencia de cooperación económica y diplomática.

Conseguimos romper el inmovilismo diplomático que se inspiraba en el miedo de afrontar el panamericanismo exclusivista. Conseguimos construir una cooperación iberoamericana, con claro apoyo de la Unión Europea. En 1989, los presidentes de América Latina pudieron reunirse, por primera vez, en la Primera Cumbre Iberoamericana.

Rompimos, en definitiva, las amarras que impedían autopercebirnos como una compleja identidad cultural, como hermanos con intereses económicos y políticos comunes.

Por ello, los que siempre aspiramos a una unidad de América Latina vimos, con mucho gusto, que la Unión Europea haya comprendido la importancia geopolítica de la cooperación de América Latina y del Caribe (cada vez más identificado con nosotros) con la nueva Europa, que nace de la firme decisión de crear su moneda propia y de llevar, hasta las últimas consecuencias, el espíritu de la cooperación entre los pueblos.

Queremos formar parte de esta aventura europea. No compartimos, de ningún modo, las dudas y el escepticismo de los que desconfían de la capacidad de latinoamericanos y europeos construir una colaboración efectiva y provechosa.

No reducimos la propuesta europea de una integración entre el Mercosur y la Unión Europea a un proyecto de zona de libre mercado. Sabemos que la perspectiva europea no es la de una ALCA interatlántica. Trátase de la creación de un espacio de cooperación económica, sociopolítica y cultural.

No coincidimos con la reducción de este debate a un propósito ingenuo de nuestros tecnócratas de exigir a los europeos una coherencia con las ideas neoliberales, que nunca orientaron efectivamente la realidad europea.

No tiene sentido exigir que Europa abandone su concepto de seguridad alimenticia (que, por cierto, debe mucho a un gran brasileño, Josué de Castro, hoy olvidado a causa de la dictadura brasileña) como condición para el avance de esta integración de gran significado para ambas comunidades.

Es perfectamente posible avanzar por partes y establecer acuerdos específicos y bilaterales que permitan una mayor participación de nuestros productos agroindustriales en la economía europea. También es posible avanzar en los acuerdos de cooperación científica y en el intercambio de inversiones.

Hay un precedente importante en este sentido que es el avance de la cooperación iberoamericana.

Si prestamos atención a la constitución y desarrollo de las cumbres iberoamericanas, veremos que ellas representaron un salto geopolítico para América Latina. La primera reunión de los presidentes latinoamericanos se realizó con ocasión de la creación de estas cumbres iberoamericanas.

Siempre estuvimos prohibidos por Estados Unidos de reunirnos separadamente del gigante del norte. La doctrina Monroe quiso sujetarnos a un panamericanismo suicida. El

autodesignado líder de las Américas y del mundo no miraba y no mira con buenos ojos nuestra identidad iberoamericana.

Sin embargo, los hechos demostraron que cuando la comunidad europea respaldó el proyecto de reconstitución de una herencia histórica tan profunda como el iberoamericanismo, él se desarrolló, echó raíces y se estableció definitivamente.

Lo mismo ocurrió cuando Brasil y Argentina superaron una competición artificial manipulada históricamente por intereses favorables a una balcanización de América Latina, y establecieron el Mercosur. El salto obtenido en nuestro comercio exterior en menos de una década es una muestra de la fuerza de una perspectiva de cooperación latinoamericana.

Argentina está reviviendo este proyecto después de que sus enemigos trataron de impedir su continuidad e intentaron establecer un falso dilema entre el Mercosur y nuestra integración en la economía mundial.

Al contrario de lo que piensan estos señores que representan una vieja oligarquía de inspiración colonial, nuestra integración en la economía mundial no será hecha con la sumisión a las imposiciones de las grandes potencias, sino por nuestra integración regional y nacional.

Solamente naciones bien integradas internamente pueden ocupar un lugar privilegiado en el comercio mundial. Véase el ejemplo reciente de Brasil. Al abrir unilateralmente todas sus puertas para el comercio mundial sólo consiguió derrumbar sus exportaciones y ahora sus importaciones, después de la devaluación inevitable de su moneda en enero de 1999.

Como resultado de esta integración subordinada al mercado mundial, Brasil disminuyó su participación en el comercio mundial del 1,2% al 0,8%. Esto quiere decir que la política de apertura irresponsable en vez de globalizarnos, como nos prometía, sólo consiguió desglobalizarnos.

No se trata de cerrar economías que, al contrario de lo que se dice, estuvieron siempre abiertas y sumisas al mercado mundial. Trátase de asegurar un efectivo camino de integración en el mercado mundial, y para esto tenemos que saber respetar nuestros orígenes históricos, nuestras herencias culturales y nuestros intereses geopolíticos.

Y nuestro proyecto de afirmación cultural pasa claramente por el reconocimiento de nuestras raíces ibéricas y nuestra aventura común latinoamericana.

En el momento actual, las inversiones españolas ganaron un papel especial en Brasil y en toda América Latina. Esto es una buena señal. No se trata de alejar el capital norteamericano, sino de contrarrestar cualquier dominio unilateral en la región.

Desde luego reconocemos nuestra realidad hemisférica a pesar de que nunca tuvimos ningún papel protagónico en su configuración estratégica.

Juscelino Kubitschek, por ejemplo, lanzó la Operación Panamericana (OPA), en 1959, pero supo al mismo tiempo romper con el Fondo Monetario Internacional que quería bloquear su Plan de Metas, que permitió a Brasil avanzar 50 años en 5.

La OPA fue seguramente uno de los antecedentes de la Alianza para el Progreso, pero no le fue reconocido ningún papel en la formulación e implantación de ésta. La OEA tuvo fuerte apoyo brasileño, pero se transformó, durante muchos años, en un simple apéndice de la política exterior norteamericana.

Todo esto es muy diferente del proyecto de la cooperación iberoamericana que desarrolla América Latina junto con España y Portugal, y que empieza a dar fruto en varios sectores. Podemos encontrar ahí los antecedentes de una futura cooperación eurolatinoamericana que cambiará positivamente la dirección de nuestra inserción internacional con la apertura de nuevas opciones comerciales, tecnológicas y culturales.

9 – ¿Aún existe América Latina?

El factor político más evidente que puso a la orden del día el proyecto latinoamericano en la décadas de los 60 y 70s fue incuestionablemente la Revolución Cubana.

De hecho, esta era la expresión más radical de un proceso de expansión económica de la región que rompía definitivamente con el dominio de las oligarquías exportadoras agrarias o mineras.

Estas oligarquías venían perdiendo su poder desde los años 20s del siglo XX cuando emergieron en la región fuertes movimientos de clase media que reivindicaban su ubicación en el espacio político y el desarrollo de una sociedad y una economía más moderna, volcada hacia la industrialización.

La Revolución Mexicana ocupó un lugar privilegiado en la vanguardia de esta nueva era. El antiimperialismo, una concepción radical de una democracia de masas bajo el liderazgo de partidos nacional-democráticos, un programa de industrialización y de incorporación de los trabajadores en la estructura de poder estatal formaban el tripie de este vasto movimiento social.

En el plano superestructural, la creación de una legislación del trabajo y de una previsión social copiada en gran parte de los sistemas sociales europeos, una ideología nacional democrática cultivada en el plano de las ideas, a través de sustanciales apoyos en las ciencias sociales, y una literatura y un arte que dibujaban la cara de pueblos indígenas, mulatos o criollos formaban la punta de esta gesta popular.

Algunas instituciones mexicanas sirvieron de sendero de esta época forjando un sentimiento latinoamericanista muy poderoso. La Constitución de 1917, la educación socialista, los planes quinquenales, la PEMEX, la reforma agraria y los ejidos rurales, las centrales sindicales eran manifestaciones radicales de un nuevo orden social y económico.

La PELMEX, el Ballet Folclórico, los muralistas, el cancionero, el Fondo de Cultura Económica, el Colegio de México, la Universidad Nacional, Autónoma y gratuita eran algunas de las puntas más evidentes de una inquietud creativa, impetuosa y transformadora que incendió a toda la América Latina.

Hijas de este espíritu revolucionario fueron las experiencias regionales, desde sus manifestaciones más radicales como el famoso Congreso Antiimperialista de los años 20 hasta sus formas gubernamentales posteriores como la CEPAL, la ALALC, y sus expresiones más amplias como lo fueron la UNCTAD y la Declaración del Derecho de los Pueblos.

Dentro de este ambiente crecieron partidos y fuerzas políticas regionales como el APRA peruano, la Acción Democrática de Venezuela, los Sandinistas de Nicaragua, las formaciones más populistas que llegaron al gobierno en los años 30, como el varguismo en Brasil, el peronismo argentino, o sus expresiones más nítidamente clasistas y partidistas como el Frente Popular que dirigió Chile durante la II Guerra Mundial.

El PRI mexicano fue el heredero de toda esta tradición revolucionaria latinoamericana pero reinterpretándola desde el punto de vista del poder hasta que su crisis final reflejó el cansancio y la superación del gran movimiento nacional democrático de la región que se agregara a las luchas anticoloniales de Asia y África en los años del pos guerra.

¿Que ha cambiado para dar esta impresión actual de que esta gran odisea es una simple expresión del pasado?. En verdad, dos fenómenos alteraron definitivamente esta situación:

En primer lugar, la meta de la industrialización está superada. Algunos países la alcanzaron cuando era posible industrializarse en un cuadro nacional y cuando la industria era la punta del desarrollo económico moderno. Hoy día, la industria está basada en escalas de producción planetarias o continentales, raramente nacionales o regionales y mucho menos locales. Esto ha convertido la industrialización en un proceso planetario, que se ramifica por países y regiones, pero se tratan en general de partes de un sistema más amplio.

En segundo lugar, el agente privilegiado de una industrialización tradicional, que eran los empresarios nacionales, han sido sustituidos por grandes unidades productivas nacionales o internacionales, en muchos casos globales. Aún más, el dominio del sector financiero sobre los centros de decisión económica transformó la burguesía financiera o sus intermediarios en agentes privilegiados de las políticas económicas, Ellos encontraron en la tecnocracia estatal, formada en las universidades de punta internacionales, sus más connotados operacionalizadores.

La ideología tecnocrática vino a sustituir el ambiente ideológico romántico y movilizador de masas de los años 20 y 30 y sus expresiones más profundamente fundadas de los años de la pos guerra hasta los 70s. La nueva tecnocracia es formalista en vez de teórica y es pragmática en vez de movilizadora. Sus expresiones artísticas son abstractas y formalistas, descontextualizadas y a-históricas. Sus ambiciones históricas se terminan con la obtención de una buena comisión o intermediación financiera o comercial.

Por todo esto, la retomada de las banderas latinoamericanas en la fase actual deben ser analizadas en este contexto pragmático. Ellas no quieren participación de nuestros pueblos, ni boleros, ni bosa nova, ni salsa (aún cuando la expansión de la población latina en Estados Unidos hayan transformado estas expresiones de la sensibilidad latina en fuente de miles de millones de dólares de renta para la industria del espectáculo).

Debemos incluir el programa de cooperación regional presentado por el presidente Fox en este contexto. Se trata de objetivos comerciales fundamentalmente. Sobretudo importantes para México que está ahogado en el éxito de sus exportaciones para Estados Unidos a través de empresas maquiladores o de estrategias más amplias como la de las empresas montadoras de autos.

Brasil es hoy un global trader, según el Itamaraty. Exporta hoy en proporciones iguales para América Latina, Estados Unidos, Europa, un poco menos para Asia y menos para África. Los formuladores de política brasileña desean mantener este perfil pero envidian a México por el gran crecimiento de sus exportaciones.

Particularmente los empresarios brasileños o internacionales que dominan la industria y los negocios del país quieren más comercio con México pero desconfían, junto con los militares y los diplomáticos, de la capacidad de México de sostener una alianza con Brasil, Argentina y Chile tal como propuso Fox excluyendo sintomáticamente a Venezuela, con la cual tienen en común sobretudo el petróleo.

De cualquier forma se puede decir que hay nuevas fuerzas movilizándose en el continente. Y a pesar de sus motivaciones tecnocráticas y comerciales no deben olvidarse que están moviendo un gran volcán.

En el final del siglo XIX las perspectivas modernizadoras de la región estaban comandadas por las oligarquías tradicionales y sus autócratas ilustrados. Ellos creían poder despertar la región dejando a sus pueblos en la miseria. Los militares modernizadores de los años 60 y 70 también creyeron que el desarrollo era una cuestión de tecnología y no de distribución de renta y de avance educacional y cultural de sus pueblos.

Son muchos los fracasos y pocas las lecciones retiradas por nuestras élites de esta historia que más bien desconocen. Al final, no la contaron en las universidades de punta que frecuentaron.

10 – Cambios a la vista

Este capítulo se escribe en el final de 2002.

¿Qué pasa? De un lado se instaura un gobierno de derecha ideológica en Estados Unidos y se instaura una conducta imperial que niega el multilateralismo y afirma la hegemonía indiscutible del centro imperial. Aumentan los gastos militares y las presiones por una adhesión incondicional de los aliados hacia el gobierno norteamericano.

De otro lado, crece en la región más directamente sometida a la acción imperial, un nuevo liderazgo político con tradición de centro izquierda así como nuevos movimientos sociales con inspiración política anti-imperialista. Si hacemos un balance de la situación latinoamericana en el momento actual no parece reflejar lo que pasa en la metrópolis, sino, al contrario, la región parece evolucionar en la dirección contraria. No fue sin razón que el presidente del Fondo Monetario Internacional acaba de nombrar una comisión para explicar lo que pasa en América Latina,

En México, asistimos a la baja del prestigio político de Fox, abriendo camino hacia una nueva configuración política aún indefinida, al mismo tiempo, los zapatistas del subcomandante Marcos vuelven a surgir en la escena nacional como consecuencia de la agudización del conflicto en Chiapas.

En América Central vemos los Sandinistas ganaren fuerza en Nicaragua y el crecimiento del Frente Farabundo Martí en Salvador.

En Venezuela crece la radicalización en torno de Hugo Chávez, sobretodo después del intento frustrado de Golpe de Estado en su contra. En Cuba, Fidel Castro mantiene su posición de centro de unidad nacional y recupera su economía, a pesar del embargo comercial norteamericano cada vez más desmoralizado.

En Colombia, las FARC y el ELN sobreviven a un intento de liquidación militar. En Ecuador, los social demócratas y los nuevos liderazgos militares de izquierda sorprenden en las elecciones. Lo mismo en Bolivia se agiganta el movimiento indígena y disputa la segunda vuelta.

En Perú, después de la derrumbada del dictador Fujimori, se recupera el prestigio del APRA y renacen las fuerzas de la izquierda unida que llegaron a ser mayoritarias en los años 70.

En Argentina, desmoralizase la hegemonía neoliberal que consiguiera penetrar el propio peronismo con Menen a la cabeza. Y se plantea la perspectiva de surgimiento finalmente de una izquierda con perspectivas de masas y hasta de una victoria electoral.

Pero lo más sorprendente es la victoria aplastante del centro izquierda en Brasil, bajo el comando del Partido de los Trabajadores, de fuertes raíces en el movimiento obrero y en los movimientos sociales alternativos.

La victoria de Lula en Brasil es vista incluso como un catalizador de este estado de espíritu contestatario aún que moderado. A pesar de que el gobierno Lula incorpora fuerzas de centro extremadamente importantes, no es absurdo pensar que tendrá que abrir un espacio importante para la izquierda del Partido de los Trabajadores y de los partidos aliados de izquierda, como el PC do Brasil, el PCB, el Partido Socialista y el PPS, el ex partido comunista.

La verdad es que se debe esperar un cambio significativo en el clima ideológico de la región donde el pensamiento único de corte neoliberal había ganado una fuerza impresionante.

Pero este cambio no está aún bien configurado. No se trata de volver a los términos del marco ideológico nacional-democrático y popular que sirvió de fundamento para los movimientos populistas en la región. No se trata de revivir el movimiento guerrillero de corte Castrista y Guevarista que procuró reinterpretar este cuadro nacional democrático en una forma más radical.

Hay que acordarse de que en los años 60s y 70s el marxismo tuvo un desarrollo espectacular en la región, pero se dividió en varias corrientes que iban desde una teoría de la dependencia que rescataba la especificidad de la condición de dependencia y de las

realidades latinoamericanas, hasta unos intentos de aplicar un esquema ideal de origen stalinista, de inspiración maoísta o hasta de Herver Hoxja, el dirigente albanés.

Es importante recordar que el pensamiento conservador produjo también su versión desarrollista de la ideología nacional-democrática, buscando incorporar las transformaciones por un desarrollo independiente y autónomo en un cuadro político más liberal.

Los golpes de Estado iniciados en la década del 60 y llevados a su auge en los golpes militares de corte fascista declarado, como el gobierno Pinochet en Chile, bateran de frente en contra de estas definiciones ideológicas. A pesar de su inspiración fascista ellos se inspiraban más en los fascismos subjugados y dependientes como los de Portugal y España.

Fue en el Chile de Pinochet que los ultraliberales derrotados durante la Segunda Guerra Mundial encontraron un abrigo. El grupo de los economistas de Chicago, centro del enfoque ultra liberal desarrollado en los encuentros de Mont Péllein, fué llamado para poner en práctica sus ideas en las condiciones ideales creadas por la dictadura de Pinochet.

Nada de oposición activa, una economía de gran presencia internacional a través de un producto clave, el cobre, nacionalizado por Allende y colocado a servicio de cualquiera experiencia de desarrollo económico, con una reforma agraria que creara las mejores condiciones posibles para la modernización de la producción agrícola y una clase dominante cohesionada por el miedo de la revolución socialista fueron las bases para iniciar la experiencia neoliberal que luego se extendió para la Inglaterra de Thatcher y los Estados Unidos de Reagan.

En los años siguientes la experiencia neoliberal intentó imponerse en todo el mundo pero tuvo un éxito especial en la América Latina, presionada por su endeudamiento internacional y otras aventuras económicas inspiradas por las dictaduras militares y el dominio del pensamiento reaccionario.

Este se instauró en las organizaciones internacionales y en varias universidades hasta llegar al control de los comentaristas económicos de la gran prensa y extenderse por todos los poros de la sociedad, particularmente entre las élites empresariales, políticas, profesionales y burocráticas.

Pero las marcas de la modernización neoliberal tuvieron su lado perverso claramente expuesto en la medida en que avanzaba la aplicación de sus preceptos a la vida económica de la gente. El fortalecimiento de la concentración del ingreso, el aumento de las poblaciones pobres y miserables, el crecimiento del desempleo y de la economía informal, el aumento de la dependencia económica, social, política y sobretodo cultural, la intensificación de la violencia y la desintegración de las instituciones básicas de la sociedad fueron minando el discurso neoliberal hasta que las crisis económicas y la volatilidad de los movimientos básicos de la vida financiera les dieron sus cuestionamientos radicales.

Esta es la situación que asistimos hoy en la región. Los enormes aparatos culturales manejados por las midias no logran convencer a la gente de las bondades de las políticas neoliberales. El avance democrático, que los líderes de la propuesta pensaban manejar

sin problemas a través del marketing electoral, comienza a minar el proyecto neoliberal de punta a cabo del continente.

Es claro que este rechazo popular no conmueve para nada a los neoliberales. Para ellos las políticas económicas son meras aplicaciones de los principios abstractos que manejan. El voto solo tiene sentido como un mecanismo de atender las ambiciones de participación de la gente, aumentando la legitimación del régimen y de las políticas por ellos aplicados.

Sus gestiones fueron aplastantes en su insensibilidad hacia las protestas populares. Así como Pinochet entró en el gobierno sobre los chorros de sangre de los trabajadores chilenos, la sra. Thatcher reprimió con furia excepcional los mineros del carbón en Grã Bretaña, y Reagan dio una lección radical en los trajadores aeroviários en los Estados Unidos. Este método junto a las medidas de choque pasaran a caracterizar la metodología de las experiencias neoliberales.

En ninguna parte de esta doctrina la fuerza de la representación popular ocupa cualquier espacio. Es pues natural que no respeten la voluntad popular expresada en la urnas. No fueron pocos los gobiernos que se eligieron en contra de la política del FMI y se entregaron a sus principios “científicos” luego que llegaron al poder.

Es interesante ver por ejemplo como un gobierno rechazado por 70% de la población brasileña intenta imponer a su sucesor las condiciones para su gobierno dejar de ser demagógico y “populista”. Es decir, los derrotados que llevaron el país al caos y que reciben el rechazo de la gran mayoría “exigen” del nuevo gobierno que abandone las políticas que lo llevaron al poder.

Esta visión tecnocrática del Estado y de sus funciones es otra característica esencial del neoliberalismo. Tratase de un programa político profundamente anti-democrático. Esto explica la dimensión del caos que provocan en la vida de la gente que desprecian radicalmente. Esto explica también la profundidad de la crisis en que nos ahundamos.

Debemos esperar que se produzca un cambio radical en el plan intelectual y no solamente en el plan político. Necesitamos recomponer los elementos claves de una nueva gobernabilidad que se apoye más directamente en la acción organizada y conciente de la gente. Es importante que estemos sorteando los obstáculos a través de movimientos democráticos y en la búsqueda de reforzar nuestras instituciones democráticas como condición para el cambio. Tratase de una colosal maduración de la conciencia de nuestros pueblos.